

CAPITULO VIII

1946-1955

1946-1955

La confirmación del triunfo peronista fue como la realización de un sueño. Casi una utopía. Habían derrotado a la oligarquía, esa misma oligarquía que gobernara casi sin interrupciones en el país. La misma oligarquía que había aplastado y denigrado a Yrigoyen. El sueño estaba cumplido. Pocos, muy pocos, tuvieron conciencia en el campo sindical de que la oligarquía no estaba definitivamente vencida. Sus ejércitos permanecían intactos: el poder económico, el apoyo externo, los profesionales, los partidos políticos. Visto desde hoy, todo puede parecer fácil, pero debe intentarse verlo con los ojos, el corazón y el fervor de aquellos días. El 17 de Octubre había constituido, sin duda, el punto de partida de una gran batalla. Pero, también sin duda, no era la última batalla.

Esa gran batalla culminó exitosamente el 24 de febrero en la disciplina del pueblo al votar. Pero quedaba mucho por delante. En primer lugar, el enemigo —no está demás repetirlo— apenas si había perdido en las urnas. Y recién hoy puede decirse, a la luz los acontecimientos ya conocidos; pero cómo saber en ese 1946, desde el naciente y eufórico movimiento obrero, que la oligarquía sólo había perdido en las urnas. Hoy se sabe. Los hechos, cualquiera sea la interpretación que se les dé, dicen que nueve años después el peronismo fue derrocado, perseguido, vilipendiado y ridiculizado. Era un movimiento sin historia. Tenía tres años. Y había alcanzado tamaño triunfo. Aquí es conveniente analizar las verdaderas causas de lo sucedido a partir del 46. ¿Cuántas veces la historia contó éxitos populares con tan poca experiencia? Si se busca en nuestro país, no hay antecedentes de ningún tipo. El yrigoyenismo se preparó, por lo menos, durante dos generaciones para alcanzar el poder y cuando lo alcanzó no pudo consolidar sus ideas transformadoras. Produjo hechos, algunos importantes; pero lo derrocaron y las divisiones en que se debatiera mientras fue gobierno se ahondaron. Por un lado quedaron quienes levantaron las viejas banderas del radicalismo (la intransigencia, FORJA), por el otro, la fracción vinculada y comprometida incluso con los intereses históricos de la élite gobernante. Una división que con el tiempo fragmentó al partido en tres grupos inconciliables: balbinismo, frondizismo y alendismo.

Lo mismo podría decirse de las causas y orígenes de las grandes revoluciones de la historia. Casi sin excepción fueron gestadas luego de ingentes luchas, de paciente preparación.

La tan mentada alianza Pueblo-Ejército llegó al poder. Pero no estaban todas las Fuerzas Armadas. Sólo un sector, el llamado nacional. Un sector conmovido y hasta asqueado por la última década que viviera el país —decisivamente sostenida por las FF.AA. —, que ya no quería saber nada con la corrupción y los privilegios. A la luz los acontecimientos mundiales, las Fuerzas Armadas tuvieron conciencia de que se avecinaba a pasos agigantados una nueva concepción social y política. Comprendieron también que así "no se podía seguir". Sin saber bien cómo, creían que debía construirse un nuevo modelo. Sabían qué no querían. Pero no bastaba. Más que saber qué querían, en realidad les faltó comprender cómo debía instrumentarse.

Los trabajadores, el otro gran componente de la alianza, coincidieron plenamente con la idea principal. No querían seguir, había que cambiar. Pero tampoco tenían en claro cuál era el nuevo modelo. Antes que una prioridad u objetivo, los impulsaba una obsesión: Justicia-Dignidad. Por eso pelearon. Carecían de historia y de experiencia. Su formación no era la que se alcanzaba en la militancia del partido Comunista o del Socialista. Apenas si contaban como antecedente la gran injusticia que soportaban. No eran expertos en movilizarse, en organizarse, en difundir sus ideas. Para ello sólo disponían del reducido grupo de militantes sindicales, principalmente de origen socialista, que pasó a engrosar sus filas. Fue el único aporte organizado que recibió el nuevo movimiento. Eso sí, tenían sus objetivos puestos exclusivamente en el país. Aquéllo de que la caridad bien entendida empieza por casa, tuvo realismo. A la casa (la Argentina) le hacía mucha falta esa caridad bien entendida. Nada de teorías. Querían hechos. Pero no sabían cómo concretarlos. No había tratados escritos que los interpretaran desde su propia perspectiva. Para ese movimiento obrero, la "revolución del proletariado" aparecía como algo difuso, muy difuso. Muchos de estos militantes eran recién llegados a la ciudad. ¿Qué podían saber de las luchas obreras en Europa? Además no había tiempo ni para entenderla ni para adaptarla. Nuestra realidad era otra. Los hechos les hicieron confiar en un hombre. Y se alinearon detrás que ese hombre que durante dos años no sólo no los engañó, sino que por el contrario les dio un lugar, les dio presencia y les demostró a ellos mismos cuánto valían. Creyeron en las ideas de Perón. Y porque creyeron en él lo hicieron su jefe, su líder. Muchos podrán decir que fueron totalmente dependientes de Perón. Es cierto. También podrán decir que esa dependencia, llegado un momento, por muchas razones puede ser negativa. También es cierto. ¿Pero qué otra cosa pudo hacerse? ¿Escuchar a los que sí autotitulaban "partidos obreros" y pactaron a muerte con la oligarquía? ¿Recurrir a los intelectuales, con la experiencia que les tocó vivir? No. Perón era su hombre. En todo. Además, Perón tuvo a su lado a Evita, quien caló hondo, muy hondo entre los trabajadores. ¿Cuántas veces la historia dijo de momentos y hombres circunstanciales y providenciales en la vida de los pueblos?

Tanto influyó esta conjunción que la figura de Perón, por su solo peso, con el apoyo de los trabajadores, gobernó la escena argentina durante tres décadas. Esta experiencia indicó a través del tiempo la factibilidad de su repetición. Pareció concretarse cuando el peronismo —sin aditamentos de ningún tipo— con Perón a la cabeza barrió en 1973. Pero éste es otro tema. Hay que volver al 46.

Perón comprendió que había otra Argentina y se puso a instrumentarla.

La oligarquía, los intelectuales, los políticos, seguían aferrados a los viejos moldes. Se resistían a creer que el 4 junio de 1943 se había acelerado la enfermedad de la Argentina, que entrara en estado de coma el 17 de octubre, para morir definitivamente el 24 de febrero de 1946.

Pero la Argentina que nacía no tenía asegurado su porvenir. Había que construirlo. ¿Cómo? Perón tenía ideas claras. Había demostrado que eran posibles. Importaba acertar con los elementos que se utilizarían para construir el nuevo edificio. Además —y ésto es importante— había que cuidar que el enemigo —no adversario en esos momentos— no lo destruyera o terminara ocupándolo.

Que Perón fue un caudillo, con todas las letras, no es un invento. Todo el mundo lo sabe. Y también que contó durante 30 años con el apoyo incondicional de los trabajadores. Ésto es absolutamente cierto, innegable. Aunque ya forme parte de historia, porque el 1° de julio de 1974, cuando Perón murió, con él se fue también una forma de Argentina, irrepetible.

Esos políticos, esos intelectuales, que gozaron calificando al ciclo peronista como la "segunda tiranía", se quedaron en la historia. No entendieron qué pasó. Ni lo entendería jamás. En su apresuramiento por comparar las cosas, compararon a Perón con los caudillos argentinos de la época de la anarquía nacional, y pretendieron ver en los recién formados sindicatos la resurrección de las montoneras. No se detuvieron a pensar ni por un instante que entre aquellos caudillos y Perón, o entre aquellas montoneras y los sindicatos, habían transcurrido unos 100

años, y que en ese período no sólo en nuestro país, sino en el mundo, habían pasado algunas cosas, entre ellas dos guerras mundiales, la bomba atómica, el comunismo, y se habían gestado dos polos de poder como jamás había conocido nuestro atormentado planeta.

Si se quieren buscar paralelos, debe buscárselos exclusivamente entre Perón e Yrigoyen, sin desconocer los diferentes momentos en que les tocó actuar.

Ambos tuvieron como objetivo "no negociable" la defensa de la soberanía y de la voluntad popular. Y eso es más que importante para señalar algún paralelismo entre los dos únicos caudillos que tuvo la Argentina durante este siglo.

Ambos fueron atacados y derrotados por los mismos intereses. El proyecto de la generación del 80, un proyecto que nunca se escribió, pero que sí existió, estaba terminado. Y ello equivale a decir que había concluido la forma de poder impuesta durante decenios por una élite que, por supuesto, se resistió a perder sus privilegios.

En febrero de 1946, la gran tarea era ponerle fin a ese agónico modelo. Ello significaba el gran desafío de imaginar, de pensar con audacia el nuevo modelo, que no podía ser tan sólo el vacío o la hibridez. Perón tuvo conciencia de ello. Durante su gobierno hizo cosas importantes, y aunque muchos se esfuercen en demostrar que no alcanzaron, en verdad bastaron para mantener vigentes y presentes, cualquiera fueran las circunstancias, el pensamiento nacional y el concepto de soberanía a través de los sindicatos.

Los comunistas y socialistas no llegaban a explicarse cómo era posible ésto, si los manuales venidos de Europa decían lo contrario, cómo era posible que no prendiera en el pueblo la teoría de "consolidar un frente popular, antiimperialista y antifascista". El radicalismo, por su parte, no podía sacarse de encima la asfixia que significaba para el partido la influencia del antipersonalismo. Ese mismo antipersonalismo que llevara a Alvear al gobierno y al control del partido, que viera luego con indiferencia el derrocamiento de Yrigoyen y que, años más tarde, entrará en los escandalosos negociados eléctricos.

Para ello continúa vigente el tango: "todo está igual, nada ha cambiado".

A Perón le importaban otros valores. Cómo desarrollarse industrialmente; cómo consolidar su poder político; cómo crear bases para alcanzar la liberación económica; cómo incluir a los trabajadores en su programa; cómo concretar un movimiento pluralista.

La experiencia dice que las formas para salir adelante no se deben buscar necesariamente en el pasado. Indudablemente tanto el presente como el futuro tiene su razón de ser en el pasado. Pero nada más, y mucho más todavía con ese pasado es eso, pasado irreversible.

Las formas, las ideas, los medios deben construirse a través de nuestra propia realidad. Hay que conocer esa realidad, los hechos que la conforman, y a partir de allí crear nuestro propio modelo viable, porque las fórmulas anteriores son irrepetibles. Esa realidad también está conformada por dos valores inmodificables: nuestras fuerzas y el poder de nuestro enemigo.

Si bien las grandes conferencias habían quedado atrás, el reparto del mundo que se había hecho en ellas tenía plena vigencia. Ésta era una de las tantas realidades a tener en cuenta. Pretender gobernar un país como la Argentina, ignorando los grandes acontecimientos que vive el mundo es francamente suicida. Y Perón de suicida no tenía nada. Tuvo claridad para imaginar lo que se venía. Y lo que se venía en el mundo, por diferentes razones se llamaba "presencia de los pueblos". O como le gustaba decir a Perón: *la hora de los pueblos*.

En la interpretación de esa realidad quienes pecaron de ingenuos —ellos dicen de disciplinados— fueron los comunistas. Se veía venir la ruptura del idilio Unión Soviética-Estados Unidos, y ello significaba que aquí también terminaría el idilio. Pero la férrea disciplina adquirida en los duros entrenamientos del comité les decía que "hasta que no llegase la orden...".

A Perón le importaban otros valores. Cómo desarrollarse industrialmente; cómo consolidar su poder político; cómo crear bases para alcanzar la liberación económica; cómo incluir a los trabajadores en su programa; cómo concretar un movimiento pluralista.

Cuando llegó la orden las cosas estaban terminadas. La izquierda argentina, en general, quedó marcada en la historia y frente al pueblo con el ejemplo de que los extremos se tocan y coinciden.

Las agresiones hacia Perón y su caudillismo carecen de valor. La ambición de poder —que Perón tenía... y todos los otros políticos también— de nada sirve si no se logra el reconocimiento y la adhesión de aquéllos sobre los que se pretende ejercer ese poder. El pueblo reconoció y adhirió a Perón. El liderazgo que ejerció Perón no se asentó en la violencia o el totalitarismo tipo Franco, Salazar o Stalin. No fue el suyo un liderazgo arbitrario. El título de líder se lo dio el pueblo. Perón jamás estuvo divorciado del sentimiento popular.

Pero esa lealtad, ese reconocimiento de líder por parte del pueblo, generó al mismo tiempo la reacción y la oposición de quienes militaban en la vereda de enfrente. Por ello el proceso argentino estuvo signado por los "pro" y los "anti", eran amigos o enemigos, no adversarios.

El etiquetamiento a que se sometió al peronismo fue aceptado por todos, menos, claro está, por los trabajadores. Recién en la década del 70 muchos intelectuales admitieron su tremendo error, su "estupidez intelectual", gestada por su alejamiento del pueblo, y se incorporaron al peronismo. Algunos, para aportarle sus conocimientos; otros porque veían en la "camiseta peronista" la única forma de llegar a la cúspide. Cabe preguntar: ¿cómo se evitaba todo esto?

A la par del peronismo hubo otros movimientos nacionales en América Latina, pero fueron extinguiéndose, como ocurrió con el Movimiento Nacional Revolucionario en Bolivia o el Novo Orden, de Vargas, en Brasil. A uno y otro le faltó prender definitivamente en las organizaciones sindicales. En éstas el fuego no se hubiera apagado. Por la simple razón de que los trabajadores no han encontrado ni inventado nada más apto para la defensa de sus intereses que los sindicatos. Y la defensa de los intereses de los trabajadores coincide siempre con el interés nacional.

Además el planteo de Perón era viable para la realidad argentina. Desarrollo industrial = mejoramiento del nivel de vida = creación de un sector empresario con interés (no sentido) nacional = participación y control activo del Estado.

No era el trasplante de idea alguna. El peronismo no empleó fórmulas fascistas ni fórmulas típicamente capitalistas o marxistas. Pretendió crear su propia fórmula. O, si alguno lo prefiere, combinar. Pero esta combinación, como cuando se combinan elementos, modificó las formas primitivas. Con el oxígeno y el hidrógeno se hace agua; con el azul y el amarillo, el verde. El oxígeno, el hidrógeno, el azul y el amarillo siguen estando, pero ya no son los mismos.

El peronismo pretendió —y lo alcanzó de manera más que aceptable— convertirse en el factor aglutinante del movimiento nacional. Fue derrotado, pero dejó firmemente arraigados, no ya en pequeños grupos sino en el pueblo todo, los conceptos de soberanía y justicia social.

Ello no implica ignorar las contradicciones que albergó, pero por encima de esas contradicciones el movimiento obrero ejerció una cierta hegemonía. ¿En esas circunstancias, la hegemonía tuvo que ser mayor o menor? ¿Estaba el país para adecuarse a alguno de los dos extremos? Decir hoy cómo tuvo que haber sido, parece simple; pero, ¿hubiera sido lo válido?

Lo cierto es que así sucedió y así actuó el peronismo. Sus enemigos del 45 continuaron siéndolo a partir del 46. No lo aceptaban. Y punto. La oligarquía, frente al movimiento sindical, tiene dos actitudes: si se humilla, lo desprecian; si muestra los dientes, los odian. Jamás lo van a amar, porque saben que quiere terminar con sus privilegios, aunque algunos dirigentes se muestran obsecuentes. Los obsecuentes terminan barridos por sus propios compañeros. Otros dicen "determinismo" histórico.

El planteo efectuado por los oficiales del GOU en el 43, para tomar el poder, había perdido vigencia. Muchos de sus lineamientos se limitaban a exponer un estado de cosas y fórmulas, y algunas propuestas generales para modificarlas. .

... Desarrollo industrial = mejoramiento del nivel de vida = creación de un sector empresario con interés (no sentido) nacional = participación y control activo del Estado.

Innegablemente había que profundizarlos, darles mayor claridad, cohesionarlos para su ejecución. Perón creyó que Figuerola era el hombre indicado para llevar adelante esa tarea. Pero aquí no terminaba la cuestión. También faltaba precisar quiénes serían, en definitiva los ejecutores de esas transformaciones.

Su experiencia con el movimiento obrero le había demostrado a Perón que los trabajadores no sólo valían para organizarse y ganar elecciones. También poseían aptitudes para convertirse en los ejecutores esenciales de un proyecto nacional. Ello implicaba muchas cosas, entre ellas una muy especial y primaria: politizar a los trabajadores. Sin conciencia política, sin convicciones, nada podría lograrse. No podía pensarse en preparar un movimiento obrero a imagen y semejanza del europeo, fuertemente influido por los partidos políticos. Aquí la cosa debía ser al revés. Primero, porque, en realidad, no había partido político, y segundo, porque el poder que demostrara el sindicalismo estaba unos cuantos escalones más arriba que la endeble estructura política del laborismo y sus aliados. El mismo Perón no se cansaba de repetirlo. "Si el justicialismo existe, se lo debe en un 90% a la acción sindical. Si el apoyo sindical desapareciese, el justicialismo no iría lejos" (Perón, 8 de octubre de 1951).

Por otra parte, era indudable que la lucha que de allí en más se daría, indicaba a los trabajadores como la herramienta más idónea para sobrellevarla. Esto es muy fácil de entender. Si las cosas retrocedían, quienes más perderían eran los trabajadores. Ya en estos primeros pasos surge entre los peronistas la preocupación por definirse como movimiento y no como partido político.

En los comienzos, por una reacción instintiva, los trabajadores aceptaron encasillarse bajo control político. Quizás se hayan visto influenciados por la dependencia total que tenían con sus respectivos partidos aquellos compañeros enrolados en las filas del comunismo y el socialismo, dependencia que muchas veces los obligara a ubicarse en posiciones contrarias a sus propios intereses. Instintiva o pensada, esta actitud, con todos los pro o los contra que se les quiera buscar es de por sí revolucionaria o, si algunos quieren, modificadora de las reglas de juego clásicas.

Había —no puede negarse— una marcada predisposición para organizarse y participar de manera independiente al aparato general del movimiento. Tanto en 1946 como hoy, creer que la soberanía política y la independencia económica pueden alcanzarse por medio de un partido político, sin la participación decisiva de los trabajadores, es simplemente una ingenuidad, es como creer que un golpe de Estado se da sin la participación de las FF.AA.

Muchos argentinos no han alcanzado a ver el dualismo con que se observa un mismo fenómeno. Los norteamericanos, por ejemplo, han elogiado siempre el fervor nacional del levantamiento húngaro (1956) y del checoslovaco (1968), hechos con los cuales nos identificamos plenamente. ¿Por qué entonces esos mismos gobernantes americanos se empeñan en vilipendiar y atacar al nacionalismo que sentimos y expresamos los latinoamericanos? ¿O el nacionalismo vale cuando el pueblo húngaro se alza heroicamente contra los tanques rusos, luchando por su libertad, y no vale nada cuando protestamos por el despojo de nuestras riquezas a que nos someten de continuo? ¿Será porque nuestra protesta tiene como destinatario a sectores de poder de los Estados Unidos y la protesta húngara o checa se levanta contra el otro coloso?

El nacionalismo, les guste o no a las grandes potencias, continuará expandiéndose sobre los pueblos de América Latina. Cada pueblo terminará dándole su personal interpretación, determinada ésta por la realidad y el contexto en que debe desenvolverse. Este nacionalismo que se extiende inexorablemente no tiene sentido aristocrático. Este término ya ha muerto. El nacionalismo está imbuido por un irresistible sentido popular, y ese sentido popular, convertido primero en nacionalismo, le dará después su marco, su contenido ideológico.

El aparentemente homogéneo bloque comunista es una prueba más que concluyente de esta interpretación (Yugoslavia, Rumania, Albania, China, las distintas formas de socialismo en África y Asia).

Pensar en la reinstauración de un nacionalismo o modelo aristocrático, elitista, es utópico, a menos que se lo imponga por la violencia. ¿Pero cuánto duraría? ¿Puede un Salazar volver por otros 40 años a Portugal? ¿O aceptarán los rusos una nueva purga stalinista? Evidentemente no. Ni en uno ni en otro campo es posible prever el regreso de modelos autoritarios y sangrientos... al menos por mucho tiempo.

Pero hay que volver al peronismo. Perón en su primer decreto como presidente designó como secretarios de la presidencia, con jerarquía de ministros, al coronel Oscar Silva, a Román Subiza y a José Figuerola. La idea primaria de elaborar, de planificar "qué hacer", se ponía en marcha. Por primera vez se planificaba en el país. Una palabra con olor a totalitarismos en Europa y Estados Unidos... aquéllos también planifican.

Perón definió qué cosas querían en su primer discurso como presidente: *"No debemos olvidar que el flanco más vulnerable de nuestro país es dependencia del exterior en orden de ciertos aprovisionamientos industriales por cuyo motivo, y sin entorpecer su importación ni grabar pesadamente al consumidor, es indispensable abordar resueltamente la utilización de todos nuestros recursos naturales. El imperativo de ver que me asigna la Constitución de promover el bienestar general, implica ante todo construir y mantener en buen orden una sana estructura social y económica.*

Los recursos naturales constituyen los comienzos de esa estructura. Su aprovechamiento requiere estimular la producción. De ahí que haya propulsado la industrialización del país. Ahora que no debe darse un sentido exagerado a este propósito. Para lograr una industrialización adecuada se determinarán las actividades que requieren el apoyo del Estado, por la vital importancia que tienen para el país o para contribuir al intercambio mundial con productos elaborados o semielaborados, cuidando el aprovechar todas las posibilidades que permite nuestro prodigioso suelo".

Perón, como se ve, estaba anticipando las bases de la nueva Constitución. Dos días después que Perón juró, Herbert Hoover, ex presidente norteamericano, llegó a nuestro país a pedir alimentos para los países europeos. Casi simultáneamente se restablecían relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

El Consejo de Posguerra, que Perón condujera como vicepresidente, fue absorbido por la Secretaría Técnica. Figuerola se puso a trabajar de inmediato en la formulación del plan de gobierno y sus prioridades, y el 21 de octubre de 1946 Perón leyó ante el Parlamento el programa completo al que se llamó Plan Quinquenal de Gobierno. Los radicales no asistieron a la sesión.

Mientras tanto, el periodismo, acérrimo enemigo de Perón, dedicaba mayor espacio a las notas sociales que a las actividades del gobierno. Esta circunstancia determinó que se creara la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia.

El día en que el país se aprestaba a poner en marcha un plan de la envergadura que sin duda tenía el Plan Quinquenal, "La Prensa" consideró más importante recordar el 75° aniversario del nacimiento de Nicolás Repetto y reproducir sus palabras en el acto realizado en la Casa del Pueblo. En aquella oportunidad dijo el anciano dirigente socialista: "Por propia voluntad, millones de obreros de fábricas sostuvieron a Mussolini y votaron por Hitler, muchos sindicatos y uniones gremiales se plegaron al régimen totalitario y no pocos líderes demócratas y socialistas colaboraron en los gobiernos del nuevo orden. Yo me pregunto: ¿qué de extraño entonces que parte de nuestra masa obrera, dotada de una conciencia gremial y política menos esclarecida que la de los obreros italianos y ademanos, se dejara seducir también por los engañosos halagos de una política insincera?" Repetto nunca pudo comprender que los obreros detestaban el arbitrario, opresivo, orden viejo, querían otro orden.

EL PLAN QUINQUENA